



Roemmers «Soñé con una secuela de “El Principito” con final feliz»

ESCRITOR Y EMPRESARIO

► Presenta «El regreso del Joven Príncipe», la continuación autorizada de la obra de Saint-Exupéry

MARTÍN BIANCHI
MADRID

Orson Welles y Walt Disney soñaron con hacer la adaptación cinematográfica, y una decena de escritores con escribir la secuela. Pero lo cierto es que «El Principito», obra maestra del intrépido aviador y noble francés Antoine de Saint-Exupéry, lleva casi 70 años resistiéndose a los intentos de rodajes y segundas partes (con la excepción de la versión de celuloide de Stanley Donen, estrenada en 1974).

Alejandro Roemmers, un laureado poeta y empresario, dueño de un imperio farmacéutico en Argentina, ha sido el artífice de romper esta racha. Su única obra en prosa, «El regreso del Joven Príncipe» (Planeta/Zenith), es una vuelta de tuerca a la fábula original en la que el príncipe regresa a la Tierra como un adolescente que viaja por las rutas desérticas de la Patagonia. El autor, que cuenta con la bendición de los descendientes del piloto, pasó esta semana por España para presentar el libro y dialogar en la Fundación Fondo Internacional de las Artes (FIART) sobre los motivos que le llevaron hasta Saint-Exupéry.

—¿Por qué un poeta como usted se aventura a la prosa?

—Mis amistades querían que contara mi experiencia como empresario que se dedica a la poesía, pero no me entusiasma la idea de escribir un libro autobiográfico. Entonces me vino a la mente «El Principito», una historia que me marcó mucho por su final triste y un poco negativo. Así empecé esta novela, a la que soñé como una continuación con final feliz y experiencias personales reales.

—Ha logrado algo impensado, la aprobación de los Saint-Exupéry

—Sí, pero llevó tiempo. Este libro lo escribí un poco antes del año 2000. Cuando lo terminé, entregué un ejemplar a los descendientes. Me lo agradecieron, pero me aclararon que era política de la familia no apoyar ninguna continuación de «El Principito». Me sentó fatal, pero acepté su voluntad y no lo lancé comercialmente, solo lo regalé a mis amigos y a algunas escuelas.

—¿Y qué hizo entonces?

—Entonces volví a la poesía y a mi trabajo en los laboratorios Roemmers. Pasaron más de ocho años hasta que un día el director de Villa Ocampo, la histórica casa de la escritora Victoria Ocampo, me contactó para montar una muestra sobre los años en que Saint-Exupéry vivió en Argentina. A través de ese proyecto mi libro llegó a manos de Frédéric d'Agay, sobrino nieto del aviador. Le gustó tanto que se ofreció a escribir el prólogo para la edición latinoamericana.



IGNACIO GIL

Roemmers, en Madrid



Un best seller

«El regreso del Joven Príncipe», Editorial Planeta (2011). 142 páginas.

Fue best seller en Argentina y declarado por el Congreso de «interés cultural»

Toda la generación mayor de la familia recibió con agrado la obra. Bruno d'Agay ha viajado hasta Madrid para la presentación.

—¿Es mito o verdad que los paisajes de la Patagonia inspiraron a Saint-Exupéry?

—Su conexión con Argentina fue muy fuerte por su trabajo como aviador de la Aeropostale. Y allí conoció a su esposa, Consuelo. Quería mucho a mi país y dicen que en sus vuelos por el sur, viendo el cerro Fitz Roy y los grandes picos, encontró la fuente de inspiración para los dibujos originales que ilustran la historia. La Isla de los Pájaros, en Península Valdés, le habría servido para crear la ilustración de la boa que se traga al elefante.

—¿Podemos enmarcar esta historia en el género de carretera?

—Sí, es un homenaje a «El Principito» en plan «road trip», pero un viaje interior, más espiritual que físico.

—¿Cómo lleva eso de ser un gran empresario y escritor?

—El arte y el mundo de los negocios deberían estar más próximos. Occidente está dominado por el papel del empresario, la pulsión agresiva, de competencia y conquista. Oriente, en cambio, es un universo más intuitivo, femenino y de respeto a la naturaleza. Yo tengo un poco de ambos, soy una «rara avis» entre los poetas y también entre los empresarios.

—Conoció a Jorge Luis Borges con 13 años. ¿Cómo fue ese encuentro?

—Lo visitamos en su casa con un amigo cuyos padres eran amigos de él. En esa época no había leído nada de Borges, lo conocía de nombre, claro, y sabía que era alguien importante, pero no mucho más. A esa edad yo ya escribía, así que le recité algunos de mis poemas. Lo que me quedó de ese encuentro es que él me escuchó con atención, y eso me alentó a escribir más pero, ante todo, a leer más.